

Pro-
gresos
desorde-
nados.

Y despues, al ver no tanto los brutales triunfos de las bayonetas, como los odios y reacciones que cobijan y prorumpen bajo los nombres de amor y progreso; la charlatanería de los iracundos predicadores de fraternidad; la infatuación por las faramallas de las tribunas y los periódicos, en los cuales todo se pone otra vez en discusión, y se cree que todo lo pueden la palabra y la habilidad, quitando de este modo todo vigor á los gobiernos libres, y justificando los tiránicos; la mentira francamente proclamada y tiránicamente impuesta para el sosten de opiniones extremas, que solo pueden aceptar los entendimientos cortos y los corazones pervertidos, el hombre se desalienta y pregunta: «¿Es acaso verdaderamente imposible resolver científica y prácticamente el problema político y el social? ¿Se ve por ventura reducido el hombre á aquella incesante esperanza, que equivale á una desesperación?»

Pro-
gresos
reales.

Pero el hombre, que sabe discurrir, sacudiéndose el espíritu de partido y las preocupaciones momentáneas, no se deja llevar de incertidumbres enervadoras y de un escepticismo que, á fuerza de analizar, quita la pureza á las ideas, la solidez á las convicciones; ántes bien en medio de los delirios y errores que presencia, se consuela con pensar que del mal saca Dios el bien. En otro lugar enumeramos las imprescindibles conquistas de la humanidad. Pues si consiste la democracia en realzar la dignidad comun, en asegurar los derechos personales y complexivos de meros ciudadanos, en conseguir á un número mas crecido una parte activa en el gobierno, ¿quién ha de negar que haya esta adelantado en el siglo que estamos describiendo? Hoy día las naciones se equilibran en punto á conocimientos, civilizacion y poder, bastan dos lenguas para darse á entender á todo el mundo, del mismo modo que basta una sola música para conmeverlo; se parecería á un eslabon roto en la grande cadena la nacion que no hiciera recambios intelectuales. Habia un tiempo en que las gentes se agarraban al suelo, porque de él emanaban la independencia y las plenas facultades; hoy día, por dó quiera que esté un hombre, le basta su carácter; imprenta, ferrocarriles, vapor, telégrafo, todo se auna para hacer comunes las ideas; las barreras, que en otros tiempos se veían plantadas al pasaje de cada rio, están relegadas ahora á confines muy remotos, y el crédito se rie de las que han levantado el economista ó el político. Dasaparecieron primados y monarquías universales, símbolos de épocas paganizadas, que repugnaban á aquella fraternidad cuya primera voz resonó en las pajas de Belen y en los relumbrones del Monte de los Olivos, y que al patriotismo, equivocacion momentánea del cálculo personal, subrogó una completa resistencia á todas las depravadoras inclinaciones, y merced á la cual las gentes, como ramas de la misma vid, tratarán con la misma savia aunque sazonando frutos particulares.

En los pueblos, que en parte la están gozando ya, y en que los gobiernos no alteran el valor de los derechos de razon, y se contentan con arreglar los modos, cada individuo despliega su propia actividad como quien siente que no es unos arreos de caballo sino un hombre, no un medio sino el fin. Hasta los que despedazó la conquista aspiran á reunirse otra vez segun las nacionalidades.

Soberanía popular.

Á todo se antepone la LIBERTAD, carácter del hombre, ejercicio de todas las facultades, mandado por la razon: por lo cual no es amenaza y venganza, sino señal de renovacion de amistad, tutela contra toda opresion, garantía de todos los derechos, sin excluir los de las minorías y hasta los del individuo. Su culto tiene sus hipócritas, como cualquier otro culto, y estos van diciendo al pueblo que es soberano, para engañarle como los soberanos; le dicen que es igual á los nobles, á los ricos, á los sabios, á Dios, para hacerle perder el sentimiento de aquella subordinacion que impide al hombre que se envilezca, por indicarle hasta qué punto debe sujetarse. La soberanía del pueblo es un dogma cierto, pero tan abstracto como el pacto social, y hasta hoy no está determinado no solo el modo de ejercerlo, mas ni tampoco el de expresarlo. El que lo hace consistir en una soberanía absoluta, libre de toda razon y justicia, obra como los que no hace mucho adoraban á los reyes absolutos; la echan á perder los que, juzgando de la libertad por la abundancia de los periódicos y por los prolijos debates, quieren que valga mas la plaza pública que el gabinete; las logias que las tribunas; los conventículos que las asambleas; la ilegalidad camorrista que la representacion legal; la presuncion de un periodista que el juicio de un representante. No es la libertad, sino la fuerza la que se planta, ya sea donde lo que vale mas se impone con las armas, ya sea donde el arbitrio se pone en manos del mayor número; porque numerando, no pensando, el hombre honrado y de juicio valen lo mismo que el bandido, el venal y el iluso. Tal es siempre la tiranía, sea cual sea su origen, ora venga de la policía, ora venga de aquellos eunucos reyes de la opinion, que se constituyen proscritos en cuanto dejan de ser reyes de bayonetas; y que, á lo que llegan á relajarse de los vinculos gubernativos, ponen candados al pensamiento recurriendo á la ruidosa intolerancia; asaltando al hombre en el peñasco de su honor y conciencia; violentando la voluntad pública por medio de conjuraciones, desafíos y cuerpos francos; denigrando con cazurras insinuaciones ó con descaradas diatribas á quien tiene valor para mostrarse razonable y constantemente libre, no solamente en presencia de los calabozos de los enemigos, mas tambien de las injusticias de los hermanos.

Nuevas tiranías.

Nosotros veneramos los príncipes que desde hace mucho tiempo se están preocupando de los hechos y aun mas de las costumbres; nosotros

Con-
fianza.

dando gracias á nuestros padres, que tantas barreras han destrozado, declaramos que es cometer acto de holgazanería creer rematado el camino por el cual no hicieron mas que procurarse el poder de avanzar. Dichoso es quien sabe asociar la conservacion, que mantiene la vida, con el progreso, que la da nueva sangre; aspira á mejorar, á pesar de los peligros que hay en innovar; ve que el deseo de lo útil es un hecho general, pero no pretende erigirlo en doctrina, y estudia el supremo problema de hacer preferir el interes comun al particular.

Este aumento de las inteligencias individuales llevará tras de sí una reparticion mas equitativa de goces de la vida y de las ventajas del saber; pero la bienaventuranza en la tierra es un ensueño, y hasta el fin la vida ha de ser espinosa con sus incesantes necesidades y enfermedades; y todos los portentos de la industria ó los descubrimientos de la ciencia no han de ponerla al abrigo de las dolencias y la decadencia; la razon tiene sus límites que jamas llegará á traspasar; la voluntad inclinaciones que jamas llegará á eludir. Por consiguiente la bienaventuranza jamas será otra cosa mas que un término relativo, y lo que prueba que la sociedad va acercándose á él mas y mas, son esa continua escala ascendente, esos caminos abiertos á todos, esa actividad de las plebes que se levantan.

Pero solo con esfuerzos puede avanzar el hombre, predestinado como está á encaminarse con trabajo á la conquista de la verdad. Así, pues, no se dirige nuestra palabra á los enervados, que se dejan arrastrar de la corriente sin saber dónde, sin preguntar ¿por qué? y que teniendo finalmente la vista oscurecida por sus propios fastidios, se resignan á estupefacciones crónicas á ólloriqueos mujeriles, ó hacen alarde de un desaliento que apenas sería de excusar despues de pruebas varoniles.

Fuerza de la moderacion.

Así como la audacia la constituye la fuerza de los débiles y la dignidad la de los abyectos, asimismo es síntoma de fuerza la moderacion. Pero la moderacion en obrar, y no en holgazanear, ni en ponerse á remolque de tal ó cual opinion, sino mas bien en oponer á los cómputos del interes y á las efímeras vulgaridades aquellos propósitos de sinceridad, de vigor y de sacrificio sin los cuales imposible es que se conserve y mucho mas que se forme una nacion. Porque está en el carácter de nuestro linaje ansiar por lo mejor, ¿dirémos acaso nosotros que haya generosidad en negar siempre, sin distinguir á quién y á qué? ¿y desviar por medio de quimeras inalcanzables, buscadas con el plebeyo heroísmo de declamaciones atonandras, con asertos falsos, con todo lo que conmueve pero no resuelve, y desviar, decimos, de los bienes posibles que llegan á conseguir la fe, la resignacion y la caridad? Harto fácil es, á los jóvenes particularmente, confundir al hombre, que espera con nobleza, con el ambi-

cioso de las calles, que quiere llevar la patria al bien ántes de ponerse él en camino, y con el ambicioso bribon, que va solicitando bajos instintos, y que se ocupa mas de sus rencores particulares que de los intereses públicos, y pierde de vista que lo que empieza con la violencia, tiene que sostenerse con la violencia, y acabar con la violencia.

Cesen los holgazanes de repetir que está pereciendo la sociedad, porque van pereciendo las córtes. Cese esa necesidad de atolondrarse, esa avidez de distraerse; esa bastardía, que es un póstumo de las convulsiones violentas, y se resigna á los árbitros como cosa necesaria al descanso, ignorando que la libertad no erige pabellones para dormir, sino estandartes para combatir. Dejémos que los hombres vulgares murmuren vaporosas quejas y telescópicas esperanzas, fundadas únicamente en otros ó en la casualidad. Enseñen las fracasadas tentativas á sustituir á vagabundos ímpetus incoherentes é individuales los conatos simultáneos, coordinados á una direccion comun, que, por lo mismo que ha pasado por alambique de la decision, está mas bien pesada; con esto habrá no saltos sino preparacion; no revoluciones sino evoluciones, y los instintos de la soberbia, de la individualidad, del motin, cederán á la loable rectitud del pensar y del querer. Sin embargo una potencia misteriosa guía los destinos de los hombres, y la ineptitud de estos aprueba la fuerza de las ideas. En torrentes de sangre, que ninguna alma honesta querrá disculpar, ahogará los privilegios opresivos la Revolucion de hace 70 años. Ahora, al oír los nombres de socialistas y comuneros, se estremece uno, lo mismo que entónces al oír el de jacobinos, por prever que andarán su órbita, y que han de dejar trastornado todo conjunto social. Si así llegara á ser, será desastroso el trastorno, pero pasajero, y será seguido de aquella nueva composicion á que no sabe dirigirse nuestra impaciencia por vias pacíficas. Pues hoy día lo mas importante no es que haya Monarquía, República ó gobiernos ministeriales sino mas bien, en cuanto al órden moral, educacion religiosa y civil del pueblo, y consolidacion de los vinculos de familia; en cuanto al órden político, disminucion de la exagerada accion del Estado, por manera que deje de absorber todas las fuerzas y capacidades, y les dé mayor desarrollo sustituyendo jurados al tribunal pesquisidor; milicia nacional á los ejércitos; administraciones baratas á la burocracia áulica, en las cuales el gobierno represente no ya el gran número, lo cual vendria á parar en mera fuerza, sino mas bien los derechos del gran número; en cuanto al órden económico, reconstituir la industria de un modo provechoso á los obreros, no ya considerados como cantidad abstracta, que se mueve á discrecion del codicioso cálculo, y en el desvanecimiento de los obstáculos esparcir dones naturales y ventajas sociales, por manera que estando mas bien

Fórmulas del progreso.

repartidos los elementos del bienestar, el rico goze los frutos de su honroso trabajo, pero sin acumularlos con perjuicio ajeno; pueda el pobre ganar su pan con su sudor y sus lágrimas, y arrancadas las simientes de esa universal desconfianza fraternal, se industrien armónicamente ideas, sentimientos y obras en subyugar la naturaleza, y acrecentar la dosis de felicidad y justicia. Para conseguirlo, ninguna necesidad hay de echar las pasiones en medio de las turbas; sino antes bien persuadir que la sociedad descansa en un perpétuo trueque de servicios; poner mucho cuidado en que la situación de cada cual dependa de su conduta, y sea adecuada á la inteligencia, al trabajo, á la moralidad, á la perseverancia de sus esfuerzos. Pues la verdadera igualdad, bajo un gobierno cualquiera que sea, consiste en abrir á todo ciudadano todas las ventajas sociales sin mas distinción que el talento y la virtud; la fraternidad debe unir los hombres como miembros de una sola familia, que cooperan, pero libremente, á la utilidad de cada uno y al progreso de todos. Y si la República es verdaderamente la forma predispuesta al porvenir, esta no llegará á ser una actualidad sino entre ciudadanos morales y subordinados; no será amada mas que cuando conozca y aprecie bien sus propios derechos y respete los de los demas, y de este modo haga inútil el uso de la fuerza.

Educa- cion. Con todo, es menester que el mundo sea gobernado por la fuerza ó la razon, y no puede pedirse que se quite el pretexto de los frenos inmorales y violentos mas que poniendo en su lugar los de la educacion. No aquella educacion hipócrita, que motiva que sean mas exigentes las pasiones, que infunde á los entendimientos una debilidad que pasa al carácter, induce á la ambicion sin proponerle un fin, exalta la imaginacion en lugar de dar mas fuerza al juicio, y deja solamente al valor poco esforzado que se consume en sus ayes; sino lo que desenvuelva paralelamente todas las facultades, difunda en las clases medias el buen sentido y nociones claras y positivas del derecho y del deber; quedando el nombre de ciencia únicamente á la que conduce á la moralidad, ande en busca de la verdad para conseguir el bien, instruya para inspirar la honradez, é inoculando en los preceptos de los libros la experiencia del mundo, propague las luces, pero con el único objeto de poner claras las vistas, por manera que se transforme en llama de caridad. Así, pues, á la juventud sedienta de justicia, de respeto, de verdad, de afectos, de accion, se le enseñará á conformar los actos y los hábitos con las creencias, el raciocinio con el sentido íntimo: una humildad digna, una cordialidad reverencial, una dulzura robusta, una familiaridad llena de garbo, una serenidad sentada; de este modo se irá preparando una generacion mejor que la nuestra, no llenándola de ilusiones, sino ilustrándola; no empujándola hácia un pasado irrevocable, sino adiestrándola para

el porvenir; así en tiempos de partidos, en que ménos difícil es cumplir con su propio deber que conocerlo, se la verá orientada en las cosas de la vida, armada contra el contagio de las necedades, que es tan funesto como el de las briboneras, y en vez de quedar abandonada, débil y mal razonadora, en medio de los apóstoles del desórden, y de los que están traspasando de miedo un siglo generoso y lleno de esperanza, aprenderá á confiar, á amar, á construir, á sentir vivamente la razon propia, á dirigir todos los actos al bien comun, á inclinarse á bienes determinados con una correspondiente y magnánima dignidad. Y la educacion es emancipacion, supuesto que, así que ha llegado á poner los sentimientos y cálculos en armonía con las necesidades sociales, evita la intervencion apremiativa.

Educa- cion por medio de la libertad. Para conseguirlo, ¿quién no deja de ver lo útil que es la literatura, cuando no se la tome por un juguete ó un objeto de especulacion, ó no se cultive por mero atractivo; sino que, mediante su alianza con lo verdadero, lo bello y lo bueno, se ponga á dirigir la conciencia pública? Solo en nuestro país, como uno de los peores, han tomado á su cargo las letras el sistema de derribar, y la adulacion que aplaude las bajezas de los magnates, y denigra las esperanzas de los oprimidos, se queda reducida á un vergonzoso servilismo. Existen tambien, aunque sin ser encomiadas, otras adulaciones generales: adular la patria para que no sienta el dolor y la mengua regeneradora; adular la violencia para adormecer la razon; adular la mediocridad crepuscular para que eclipse al talento; adular á los adelantados para que no se encaprichen en perfeccionarse; adular la libertad para que se cubra de infamia con los excesos; adular (si no es menester decir mas) las rencorosas preocupaciones, y las pobres pasioncillas á que se condena el escritor que se alista en un partido cualquiera. Pero los retóricos, que tienen que sudar para hacer una frase ó una trasposicion, y padecen para salir bien en los casos muy comunes; pero los pedantes que afectan una erudicion que parece extendida por lo descarada que es; pero los periodistas que, agregando á la consumida temeridad de juzgar la imposibilidad de examinar, no estiman las cosas á su verdadero precio sino al corriente, ahogando convicciones y benevolencia en flojos juicios, todo lo inciensan ó todo lo escupen con intenciones prefijas, y creen que hay superioridad en hacer el valenton con los poderosos, y tienen la pretension de ser los intérpretes del sentido comun que sofocan y que les repudia; pero los declamadores de una delgadez febril, que blasonan de menosprecio por la generacion actual, y desdeñosos por sistema, y que simulan una ira, que pronto se convierte en panegíricos, cuando se lo dicta el lucro; pero los predicadores amplificadores, que en presencia de la autoridad del altar hacen pompa de frases arrogantes é hipotipósís retóricas; pero los

Litera- tura educa- dora. satíricos que preparan caricaturas en vez de retratos, y dejándose llevar de un livido desprecio mas bien que de la enmendadora reflexion, en sus sarcasmos ni tampoco se paran en dar á sus acusaciones cierta traza de pudor, por cierto no alcanzo de qué utilidad pueden servir á la patria. El escritor, liberal sin rencor, que con sencilla dignidad procura la inmortal alianza de los sentimientos profundos con el estilo puro, de la ingenuidad con el atrevimiento, del arte con la conciencia; que sabe unir la bondad, la inteligencia y el amor; que emplea razon, afectos, lágrimas, sonrisas, ejemplo en sacar de la estéril vanidad para llevar á la fecunda humildad; que en la historia va secundando el continuo proyecto de ese ente complejo que se llama *humanidad*; que en la estadística reconcilia la vigilancia de los intereses con las inspiraciones de la caridad; que en la novela da nuevo realce á los afectos puros santificados con la dulce piedad; que en la poesia conserva y embellece las tradiciones nacionales, pone de manifiesto el cuadro de la vida real é induce á la sublime del sentimiento; este podrá cegar los abismos que abrieron ciertos libros mercantiles, nauseabundos, sin embargo de que fueron refrendados por sus autores para reparar ocios muy agitados y francachelas. Á la frivolidad irremediamente charlante, que difunde la dolorosa duda y el subversivo error; á ese escepticismo que es el refugio de los incuriosos, porque para creer es preciso haber estudiado, al paso que para negar basta levantar la voz en grito, estos oponen la fuerza armoniosa; con el ejemplo propagan la urbanidad que es la educacion de la libertad, y la tolerancia que es su vida, y con dar vigor á los entendimientos y las voluntades, convencen que no está todo á la merced de la fuerza y la temeridad. En el siglo pasado gritaba Voltaire: *Calumniad, calumniad, algo quedará siempre*; y repitiendo en su escuela: *Desconfiad, execrad, echad abajo*, esparció el orgullo, que es la causa de bajezas, y el odio, que engendra temores. Los literatos de los nuevos tiempos no cesan de sembrar la verdad; la verdad en todas las ocasiones; bajo todas las formas la verdad, y algo de maduro ha de salir, á pesar de no ser la mas propicia la estacion en que se siembra. Y si hubiera un libro que estuviese al alcance de las mas jóvenes inteligencias al paso que satisficiera las mas adultas, dando los motivos elevados de las ideas sencillas y la forma sencilla de las ideas elevadas; un libro que enseñara que existe el mal desde el origen, pero que sirviera de preparacion, y que, representando la vida, no como una lucha de intereses, sino como una arena de obsequiosidades y de alivios recíprocos, impusiera las obligaciones por un fin superior, ennobleciera la obediencia consagrando

la autoridad; aconsejara á los oprimidos la libre paciencia, como una expiacion por medio de la cual se llega á una renovacion; hiciera saber á los fuertes que la dignidad es un cargo, y que nadie tiene derecho á dominar sino mientras se aplica, ¿no habria inhumanidad en quitar semejante libro ó echarlo á perder en manos del pueblo? El que solo se cuida de los predilectos de las riquezas y de la inteligencia, puede considerarse como inútil aquel conjunto de prácticas positivas, fundadas en dogmas sobrehumanos, que constituye la religion; puede tener la pretension de formarla otra vez á su antojo, y dar un sentido arbitrario á los misterios divinos antes de renovarlos. Pero lo que el pueblo necesita, es la afirmacion cierta de la cual proviene la accion, y la halla en aquel acuerdo de la libertad, la fe y las obras; de la razon, la revelacion, la gracia, las cuales á las tristezas de la tierra oponen el descanso del cielo, y despues que ha visto combinadas la inevitabilidad de las dolencias con las aspiraciones á lo mejor que puede desear, sale no solo instruido, mas tambien ayudado á desconfiar sin cuidado y á desqu coastar sin odio, á saber profundamente y á sufrir puramente, á obrar varonilmente, con caridad y con aquella simple constancia que da la paz á los hombres y la grandeza á las naciones.

R. don- sabi- tud. Decir á los retrógados que hay locura en esperar que llegue á rechazarse la libertad, cuando no ha podido conseguirlo el brazo de hierro de Napoleon; decir á los que gobiernan que un proceder lealmente liberal es el único medio de librarse de aquel soplo precursor de la ira de Dios, que condena los malvados al miedo aun en medio de los ejércitos; decir á los pensadores que el temor de verse llamados reaccionarios no debe inducirles á hacerse cómplices; decir á los pueblos que con la bondad razonada y con la moderacion robusta hagan imposible la tiranía; decir á Italia que volverá á ser ella misma cuando vuelva á sus elevadas preocupaciones; en suma, recoger algun grano de moralidad, parecerá una cosecha muy escasa que haria la historia de un siglo que ha tenido hombres tan ilustres. Pero nosotros (¿ha tardado por ventura hasta aquí el lector en notarlos?) somos de aquellos que creen en algo superior á las fugitivas combinaciones de la política, á las variaciones de los partidos, á las alucinaciones de las pasiones: nosotros estamos en qué una nacion, para conseguir la libertad, debe ser acreedora á ella, y en cuanto sea digna de ella, nada podrá diferir su adquisicion.

Desde este puesto estoy viendo el desterado Mateo Visconti, á quien en término de burla preguntaba Guido Torriano cuándo era de parecer que volveria á mandar, respondió: *Cuando tus pecados sean mas que los míos.*